





# El último gamonal

Obras Completas

Gustavo Álvarez

*Gardeazábal*

Vol. 1

Álvarez Gardeazábal, Gustavo, 1945-

El último gamonal / Gustavo Álvarez Gardeazábal. -- 6a. edición.-- Cali : Universidad del Valle, 2019.

172 páginas : 22 cm. -- (Gustavo Álvarez Gardeazábal. Obras completas : 1)

1. Novela colombiana 2. Violencia en la literatura colombiana I. Tit. II. Serie Co863.6 cd 22 ed.

A1648051

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel

## **Universidad del Valle**

### **Programa Editorial**

Título: El último gamonal

Autor: Gustavo Álvarez Gardeazábal

ISBN: 978-958-5599-31-4

ISBN PDF: 978-958-5599-32-1

DOI: 10.25100/peu.335

Colección: Obras Completas Gustavo Álvarez Gardeazábal. Vol. I

### **Sexta edición**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Gustavo Álvarez Gardeazábal

Diseño y diagramación: Hugo H. Ordóñez Nievas

---

Este libro, salvo las excepciones previstas por la Ley, no puede ser reproducido por ningún medio sin previa autorización escrita por la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es responsable del respeto a los derechos de autor del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2019.

**Gustavo Álvarez  
Gardeazábal**

**El último  
gamonal**

Obras Completas

**Gustavo Álvarez  
Gardeazábal**  
Vol. 1



## PRESENTACIÓN

Hacia 1970 los círculos literarios del país se sorprendieron al saber que una novela colombiana titulada *La boba y el Buda*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal, había ganado en España el reconocido premio literario Ciudad de Salamanca. Gustavo Álvarez, reconocido más como Gardeazábal, apellido vasco heredado de su madre, es en nuestro país, quizás, el escritor más destacado de la generación posterior a García Márquez. Irrumpió en la novela latinoamericana con dos temas que, como él mismo define, son los centrales de toda su novelística: “el poder y la violencia”.

El escenario vital de su novelística es su Tuluá natal, ahí encontró que no existen límites entre la realidad histórica de Colombia y la ficción, observación que siempre le permitió desfamiliarizar lo cotidiano y volverlo a crear como novela. Sus personajes casi siempre son bizarros y están en el límite del comportamiento humano, elemento que le permite construir un mundo ficcional articulado con lo insólito de la realidad social colombiana.

Es un orgullo para la Universidad del Valle que el maestro Gardeazábal, estudiante y profesor de nuestra universidad, haya autorizado la publicación de cinco de sus novelas, contribuyendo, en ese sentido, al significado de la literatura vallecaucana en el contexto de la obra narrativa del país y

de América Latina. En esta ocasión se publican: *La tara del Papa*, *El titiritero*, *El divino*, *El último gamonal* y *Comandante Paraíso*, con sus respectivos prólogos de académicos y estudiosos de la obra de Gardeazábal; la Universidad le agradece a los profesores y profesoras, Amparo Urdinola, Carmiña Navia, Fabio Martínez, Omar Ortiz y Julián Malatesta, quienes muy generosamente han colaborado con este homenaje a Gustavo Álvarez Gardeazábal, parte esencial de la literatura colombiana. La edición de estas novelas es un homenaje a su vida de artista, al talento inagotable, a la sinceridad de su arte y al deseo venturoso de seguir leyendo sus obras.

*Edgar Varela Barrios*  
Rector  
Universidad del Valle

## PRÓLOGO

### “EL ÚLTIMO GAMONAL”, DOBLEMENTE VILLANO.

Desde la publicación de *Cóndores no entierran todos los días*, en 1972, hasta *El último gamonal*, en 1987, han pasado 15 años y varias novelas, entre las cuales destacamos *La boba y el Buda*, Premio Ciudad de Salamanca, en el mismo año de 1972; *El bazar de los idiotas*, 1974; *El tiritero*, 1977; *Los míos*, 1981; *Pepe Botellas*, 1984, y *El divino*, 1986, todas con una característica común, ficcionar las diversas formas de violencia que permean los distintos escenarios por los que transcurren dichas narraciones, pero la geografía que enmarcan todas y cada una de estas novelas no es otra que la geografía vallecaucana. Casi que se podría hacer una historia no contada del Valle del Cauca, de sus violencias, de sus élites y de sus prejuicios y perversiones culturales, desde las páginas de las novelas enunciadas, y será sin duda una historia de crímenes, una historia de terror.

Por supuesto, estas obras pertenecen a la geografía íntima del escritor, a su entorno más querido, a su cotidianidad y a la de los suyos, encontrando en ellas experiencias propias del autor y de personas muy cercanas a sus afectos y a sus

desafectos, y eso es notable en dos de sus obras, *Cóndores no entierran todos los días* y en *El último gamonal*, porque tienen que ver con la pasión que termina alejando a Álvarez Gardeazábal de la escritura, como es la política y sus juegos de poder, tanto que por dos veces ocupó la alcaldía de Tuluá de 1988 a 1990 y de 1992 a 1996, y fue elegido gobernador del departamento en 1997 para el período 1998-2000, derrotando por 750 mil votos a la clase política tradicional liderada por el conservador Carlos Holguín Sardi.

Gardeazábal se nutrió tanto de la realidad política de Colombia, investigó tanto la historia menuda del llamado notablato vallecaucano, del que hace una descarnada descripción en *Los míos*, estudió tan juiciosamente la aparición del fenómeno que transformó las costumbres de nuestra endeble democracia, para empeorarlas, como fue el narcotráfico, que terminó enredándose en esa densa tela de araña en que transcurren los hechos políticos de nuestra tradición partidista.

Pero antes de ello nos dejó obras que deben ser un recurso de primera mano para quien quiera tratar de comprender cómo se mueven en nuestras regiones los hilos del poder y cómo se sustenta la violencia, sea esta directa y propicia a la eliminación física de los adversarios o la que padecen millones de colombianos víctimas de la discriminación y de la exclusión económica, social y política.

Y es sin duda *El último gamonal* un claro ejemplo de dicho aserto. Ambientada en Trujillo, una población vallecaucana ubicada en las breñas de la cordillera Occidental, entre los ríos Cuanca y Riofrío, conocida en un primer momento como el caserío de “La Esneda”, dependiente de la jurisdicción de Huasano, cambia su fortuna gracias a un grupo de pobladores liderados por los hermanos Leocadio y Rafael

Salazar, que en 1922 deciden fundar la aldea con el nombre de “Vernaza” en honor a José Ignacio Vernaza, gobernador del Valle y benefactor de la fundación, hasta 1929 cuando Ernesto Pedraza propone el nombre de “Trujillo” en homenaje al presidente y general liberal Julián Trujillo, obteniendo jurisdicción municipal en 1930. Desde su fundación hasta 1948 el nuevo municipio adquiere importancia gracias a la laboriosidad y juicio de sus gentes que lo convierten en un sitio importante para la economía regional, comandado por líderes liberales que contrastaban con las tradiciones conservadoras de sus pobladores antioqueños.

Pero desde 1948 hasta nuestros días Trujillo se ha convertido, según lo explica Adolfo León Atehortúa Cruz en su libro *El poder y la sangre*, en un sitio marcado por “el ir y venir de guerras y conflictos. La guerra contra los conservadores recién fundado el municipio; la guerra entre los mismos liberales; la guerra contra los liberales durante los años cuarenta hasta los cincuenta, y después la guerra entre los mismos conservadores. Con el tiempo, uno entiende que todas estas guerras fueron guerras por el poder, pero no por poder político, sino por el poder de la plata; para definir quién se queda con más y quien manda”.

Y en esta lucha por el poder de la plata surge la figura de Leonardo Espinosa, quien desde 1952 inicia su siniestra consigna de hacer de la muerte su vida, y de su vida una historia de muertes, ya que comienzan a bajar en mulas, tapados con costales, cientos de cadáveres que después eran conducidos en la volqueta del municipio, supuestamente a la necropsia de Tuluá, pero que en verdad eran arrojados al río Cauca, sin que nadie se interesara en averiguar por esos muertos, y mucho menos en denunciar los crímenes, o por lo menos en contar los cadáveres.

Es este Leonardo Espinosa, lejanamente emparentado con Pedro Páramo, ese otro habitante de nuestra América experto en violaciones, traiciones, robos y asesinatos, pero más cercano a otro antihéroe gardeazabalesco como es León María Lozano que, al decir de Jonathan Tittler en el *Verbo y el mando*, “comparte con el jefe político de Trujillo una serie impresionante de cualidades: su base histórica en el Valle del Cauca, los orígenes humildes del protagonista, su exacerbado provincialismo, su primitivismo, su incapacidad para articular sus pensamientos o sentimientos, su atrevimiento o verraquera, su capacidad ilimitada para soltar la violencia necesaria para realizar cualquier meta o para pagar cualquier deuda, su ingratitud para con gente que le ha apoyado, su dependencia de estructuras nacionales para mantenerse en el poder, su abandono por parte de esas estructuras cuando ya nos les sirve a sus intereses y, al final, su destino de muerte violenta. En un sentido profundo, los dos son productos de sus circunstancias o sistemas, respectivamente la Violencia y el gamonalismo, a la vez que víctimas de esas circunstancias. En otro sentido, Don Leonardo es una encarnación más de la fascinación con figuras del poder que marca la obra literaria de Álvarez de comienzo a fin”.

“No es que sea Don Leonardo un mero calco de León María. Más bien hay una congruencia notoria entre el perfil general de uno y de otro. En los detalles se distinguen con suficiente claridad, tal como se ve en el contraste entre la fe ciega del Cóndor y la indiferencia u hostilidad de Don Leonardo hacia la iglesia. La villanía de León María, además, no radica en la adquisición de riqueza o poder político en el sentido convencional de la palabra. Sencillamente es un hombre sencillo, un hombre de principios que cree que hay que eliminar a los liberales como se elimina a las cucarachas

o a cualquier peste nociva. La villanía de Don Leonardo es mucho más perversa: quiere apropiarse de todo y de todos en sus predios, fincas, ganado, cafetales, casa de putas, amigos, sirvientes, hermanos, alcaldes, sacerdotes y senadores. Dentro de su esfera de influencia su poder es absoluto y duradero. Si León María es un fenómeno efímero y casi único, fruto del bogotazo y de las condiciones políticas locales y nacionales del momento, Don Leonardo representa un sistema, legado de la Conquista, emblema de la sempiterna ley de la selva”.

“Al decir que la villanía de Don Leonardo es perversa, no nos referimos en especial a su homosexualismo. A estas alturas esa variante de conducta ni nos escandaliza ni siquiera nos impacta, aunque reconocemos que lo homoerótico lo distingue de la adúltera heterosexualidad de El Cóndor. Lo que sí conlleva gran significado es la perversa, contradictoria, sobredeterminada, dinámica, autodestructiva relación entre el sexo y su insaciable sed de poder”.

En este mismo texto que nos ocupa sobre la saga de Don Leonardo de la que da cuenta Álvarez Gardezabal, y que analiza concienzudamente Tittler, en la obra citada, hay una aseveración sobre la misoginia puesta de manifiesto en la novela que el profesor norteamericano endilga equivocadamente al autor y no al perfil que en la obra se hace sobre la naturaleza misógina del hombre colombiano y en especial del campesino antioqueño que cree a pie juntillas en la malévola interpretación que ha construido la Iglesia católica sobre el maligno poder de la mujer. Por ello el gamonal se niega a probar mujer y en consecuencia reemplaza el sexo femenino con hombres que son a la vez sus asistentes y sus esclavos sexuales, como Huguito, El Chapul, Jaime Junca y el capitán Uribe, llorados todos por el gamonal en su

inodoro, donde orina sentado mientras cranea sus venganzas y llora sus pérdidas.

Esta condición misógina del colombiano medio, católico y fundamentalista, hace que en la actualidad el feminicidio, como se cataloga actualmente al homicidio de mujeres por su condición femenina, sea una de las tragedias que cotidianamente tenga que afrontar una sociedad enferma de religión y de fanatismo. Es decir, miles de “varones” que repiten las prácticas de odio contra las mujeres con la misma ambición, pero sin el poder, la plata y las villanías de Don Leonardo Espinosa, el último de los gamonales.

*Omar Ortiz Forero*  
Tuluá, 11 de agosto de 2019.

*A Roke*



## UNO

Si Don Leonardo hubiese probado mujer alguna vez en la vida, quizás habría olfateado ese lunes los movimientos poco comunes de Judith Ortega, cuando ella, por segunda vez, metió su mano al bolso y sacó otro fajo de billetes...

Si también hubiese probado mujer cuando se montó en el macho rucio de los Jaramillo y arrimó a la fonda de Santa Ana, en el camino de Abejorral, aquél lejanísimo octubre de 1923, a escampar frío, hambre y esperanzas, Don Leonardo tal vez no habría llegado a Trujillo con las siete mulas, las doce enjalmas de cacharro y el vigoroso impulso con que se abrió paso trocha arriba. Mucho menos que habría conseguido la serenidad apabullante con la que bordeó caminos, empujó precipicios y se atragantó de kilómetros en busca de su hermano Clodomiro, afincado cuatro o seis meses atrás en las orillas de un monte cordillerano al que le abrieron pequeñísimo orificio para trazar las cuatro manzanas y las ocho calles de la aventura colonizadora que pretendían convertir en poblado.

Esa noche, cuando aún le resonaban los últimos susurros de la madre, el chasquido de la bendición paterna y el frío neblinoso de la madrugada del terruño donde había vivido hasta entonces, Don Leonardo llegó a la fonda caminera a hundirse en el cansancio de los arrieros, en el

sudor de los aguardientes o en la posibilidad de las caricias enervantes de las damiselas del negocio. Pero como no había probado mujer todavía y no iba a correr en ese sitio la bisoñada sexual del adolescente que todavía continuaba siendo, prefirió urdir su propia telaraña, adormecer la imagen de niño inocente en la mirada de cada uno de los cuatro tahúres de la mesa y alzarse, tres horas más tarde, entre el asombro y el desconcierto de sus contrincantes de juego, con cuatro mulas, ocho enjalmas de cacharro y la promesa de una revancha que, por supuesto, jamás tuvieron porque Don Leonardo no solo les dejó el naipe como recuerdo, sino que nunca más, en sus largos 77 años de vida, volvió a sentarse en las mesas de juego.

Tampoco, por supuesto, retornó a la fonda caminera, o a los caminos de arriería de la montaña antioqueña. Desde aquél remoto 31 de octubre de 1923, no volvió a salir Don Leonardo del contorno comarcano de Trujillo sino la noche en que vinieron por él los detectives que le mandó la viuda de su hermano Abigaíl y se lo llevaron preso hasta Pereira.

Cada noche de esos lejanos días, Don Leonardo no metió entre sus piernas a ninguna mujer ni malgastó las horas de su sueño, y las posibilidades de su futuro, en las orillas de una tienda arrabalera o en las tinieblas de una aventura donjuanesca. Con la astucia de las ardillas y la paciencia de los búhos, caviló, en cada una de las horas de amasijo, los detalles de sus actuaciones, la ingeniosidad de sus saltos y las maneras para trocar en veta inenarrable la estulticia de sus semejantes. Primero en los aposentos debiluchos del rancho mal hecho de su hermano Clodomiro. Tres semanas solamente después, en las estrecheces de la prodigiosa tienda que montó con sus cacharros. Y, todas las noches de cada uno de los meses de todos los años de su macro